

de decir que todo lo que [había contado el tío Alifafes.

Al día siguiente preguntamos por él para despedirnos; pero nos dijeron que había salido de madrugada para llevar á un viajero á Stavorin.

De modo que salimos de Monnikendam sin saber quién había mentido; si la boca vieja y sin dientes del tío Alifafes ó la fresca y linda boca de su hija Margarita.

Sin embargo, una cosa nos hizo desconfiar de la hospedera del *buen hombre trópico*, y es que el día anterior nos había hablado solamente por señas, y que de improviso, al día siguiente, nos había hablado en francés para darnos la explicación que acabamos de transcribir.

Á las personas que han estado en Indias toca juzgar si el tío Alifafes había visto los países que describía, y cuya descripción hemos hecho también, ó si no vió á Madagascar, Ceylán, Negundo, Goa, Calcuta, Manila y Binondo, sino desde la casa de locos de Horn.

EL TESTAMENTO DE M. DE CHAUVELIN

I

La casa de la calle de Vaugirard

Yendo por la calle de Cherche-Midi á la calle de Notre-Dame-des-Champs, se halla á la izquierda, enfrente de una fuente que forma el ángulo de la calle de Regard y de la de Vaugirard, una casita anotada en los registros municipales de la ciudad de París con el número 84.

Antes de seguir adelante voy á hacer una confesión, que no deja de serme penosa. Esa casa, en que me recibió la más franca amistad cuando llegué por primera vez á París; esa casa en que hallé un cariño fraternal durante tres años, esa casa adonde podía ir con los ojos cerrados, así en los días de desgracia como en los de felicidad, seguro de que se habían de abrir sus puertas á la vista de mis lágrimas ó de mi alegría; esa misma, para indicar bien su situación topográfica á mis lectores, acabo de hacerla reconstruir yo mismo, para sujetarme forzosa-mente á un plano de la ciudad de París.

¡Dios mío! ¿quién me lo hubiera dicho ahora veinte años?

Pero hace también veinte años que la marca siempre en flujo, siempre creciente, de los acontecimientos, ha quitado á los hombres de nuestra generación los recuerdos de su juventud, y hay una cosa indudable, y es que no se deben guardar los recuerdos en la memoria, pues ésta tiene su crepúsculo en que se confunden los recuerdos lejanos, sino en el corazón.

Así es que cuando dejó á un lado la memoria para refugiarme en mi corazón, halló en él, como en un sagrado tabernáculo, todos los recuerdos íntimos que han ido saliendo uno á uno de mi vida, como gota á gota se filtra el agua por los poros de la vasija: en el corazón no hay crepúsculo oscureciéndose más cada vez, sino ahora cada vez más brillante: la memoria tiende á la oscuridad, es decir, á la nada; y el corazón tiende á la luz, es decir, á Dios.

En fin, ahí tenemos esa casita que se oculta detrás de una pared pardusca, y que según me han dicho se halla en venta y próxima á salir de las manos hospitalarias que me abrieron sus puertas.

Permítame que os diga cómo entré en ella: bien sé que para hacerlo tendré que dar un rodeo y no encaminarme directamente á la historia que voy á contar; pero no importa: seguidme, hablaremos por el camino, y procuraré que éste os parezca más corto de lo que es en realidad.

Esto pasaba, si no me equivoco, á fines de 1826. Ya lo veis: os acusaba solamente de veinte años y hace ya veintidós. Entonces acababa yo de cumplir veintifés.

Al hablar del pobre Santiago Rousseau, os dije cuáles eran mis proyectos literarios: en 1826 se aumentó mi ambición. No trataba de componer *La Casa y el Amor*, libro que escribí en compañía de Adolfo de Leuven, ni

El Matrimonio y El Enfermo, obra que hice con Vulpian y Lassigne, sino el drama titulado *Cristina*, escrito exclusivamente por mí. Este era mi magnífico proyecto; proyecto resplandeciente, que en las risueñas esperanzas de mi juventud debía abrirme las puertas del jardín de Hespero, jardín con manzanas de oro, jardín cuyo dragón es la crítica.

Entretanto, como yo era un Hércules pobre, la Necesidad me había puesto un mundo sobre los hombros. Diosa ruin es la tal Necesidad, pues al hundirme no tenía, como con Atlas, el pretexto de descansar un rato.

No: la Necesidad me hundía, como á otros muchos, del mismo modo que al andar hundo yo con mi pie todo un reino de hormigas. ¿Y por qué? ¿hay acaso quien pueda saberlo? Porque me hallaba debajo de sus pies, y porque llevando ella los ojos vendados y las piernas de hierro, ni siquiera me veía.

El mundo que había puesto sobre mis hombros, era mi oficina.

Yo ganaba 125 francos al mes, y he aquí lo que tenía obligación de hacer por 125 francos mensuales:

Entraba en la oficina á las diez y salía á las cinco, y además en verano volvía á las siete de la tarde para salir á las diez de la noche.

¿Y por qué había este exceso de trabajo en el verano y á la hora precisamente en que hubiera sido tan agradable respirar el aire puro del campo ó la embriagadora almohera de los teatros?

Voy á decirlo. Tenía que despachar el correo del duque de Orleans.

Este ayudante de campo del general Dumoniez en Jemmapes y en Valmy, este profesor de 1792, este profesor del colegio de Reichenau, este viajero del cabo de Horn, este ciudadano de América, este príncipe amigo de los

Foy, Manuel, Laffitte y Lafayette, este rey de 1830, este proscrito de 1848, se llamaba todavía en aquella época *el duque de Orleans*.

Estaba en la época feliz de su vida: yo tenía mi sueño y él el suyo. El mío era un triunfo literario; el suyo sentarse en el trono.

¡Dios mío! ¡tened misericordia del rey! ¡Dios mío, que viva en paz el anciano! ¡Dios mío, dad al esposo y al padre toda la felicidad conyugal y paterna que haya en los tesoros de vuestra bondad infinita!

¡Ay! yo vi en Dreux á ese padre coronado llorando muy amargamente sobre la tumba del hijo que debía heredar su corona.

¿No es verdad, señor, que la pérdida de vuestra corona os ha costado muchas menos lágrimas que la muerte de vuestro hijo?

Pero volvamos al duque de Orleans y á su correo.

Este correo se componía de la correspondencia del día y los periódicos de la tarde que era menester enviar á Neuilly, y una vez despachado, era preciso también esperar la respuesta. El más moderno de la oficina era quien se encargaba de este asunto, y como yo era el más moderno me tocaba á mí.

Mi compañero Ernesto Banet estaba encargado del correo de la mañana.

Los domingos alternábamos.

Ahora bien; una noche estaba yo, después de haber despachado el correo y mientras venía la contestación, borroneando algunos versos de la *Cristina*, cuando vi que se entreabrió la puerta y que asomó por ella una cabeza de cabellos rubios cuidadosamente peinados, y al mismo tiempo oí una voz algo burlesca y chillona, que me dijo estas dos breves palabras:

— ¿Estás ahí?

— Sí, respondí al punto: ¡entra!

Era Cordellier Delanoue, poeta como yo, y como yo hijo de un antiguo general de la república. ¿Por qué no ha salido tan airoso en la carrera que hemos recorrido juntos? No lo sé: él vale tanto como yo y aun hace mejores versos.

Caprichos de la casualidad; en este mundo todo es ventura y todo desventura: sólo en el momento de nuestra muerte podremos saber quién ha sido el feliz y quién el desgraciado.

Mucho me alegraba de la visita de Cordellier Delanoue; me sucede con él lo que con todas las personas á quienes he querido: lo quería entonces, y lo quiero ahora, con la diferencia de que ahora lo quiero más, y estoy seguro de que á él le sucede lo mismo.

Iba con el objeto de preguntarme si quería ir al Ateneo, para oír no me acuerdo qué disertación sobre no sé qué punto.

El disertante era Mr. de Villenave.

Yo no conocía á Mr. de Villenave más que por su nombre; sabía que habia hecho una traducción de Ovidio bastante notable, y que habia sido secretario de Mr. de Malesherbes, y maestro de los hijos del señor marqués de Chauvelin.

En aquel tiempo era muy rara la vez que yo concurría á los teatros y demas diversiones. Todas las puertas, que se han abierto después para el autor de *Enrique III* y de *Cristina*, estaban cerradas entonces para el oficina de mil quinientos francos, encargado de enviar el correo al señor duque de Orleans. Dije á Delanoue que iría con él; pero le rogué que esperase conmigo la vuelta del correo.

Entretanto me leyó una oda que acababa de escribir; esto nos preparaba para la sesión del Ateneo.

El correo dió su vuelta, me vi en libertad y salimos dirigiéndonos á la calle de Valois.

No me es posible deciros en qué sitio de la calle de Valois celebraba el Ateneo sus sesiones: creo que no fui más que aquella vez. Jamás me han gustado las reuniones en que habla uno y callan y escuchan todos. Es menester que el asunto de que se habla sea interesante ó desconocido, y que el que habla sea muy elocuente y describa muy bien, para que halle algún atractivo en los discursos sin controversia, en que es falta de atención el contradecir, é impolitica el criticar.

Jamás he podido escuchar hasta el fin al orador que habla ni al clérigo que predica. Hay siempre en sus discursos algún ángulo en que me apoyo y en que descansa mi propio pensamiento mientras ellos siguen su camino. Fijo en aquel sitio, me pongo á considerarlo bajo el punto de vista de mis propias ideas, y hago mi discurso ó mi sermón en voz baja entretanto que ellos lo dicen en voz alta. Cuando los dos acabamos, estamos generalmente á cien leguas el uno del otro, aunque hayamos partido de un mismo punto.

Lo mismo me sucede con los dramas: á no ser que asista á la primera representación de una pieza hecha por Arnal, por Grassot ó por Havel, es decir, una cosa que salga completamente de los términos generales y á cuyo aspecto conozca yo con ingenuidad mi impotencia, soy el más mal espectador que puede darse. Si la pieza es sólo de imaginación, apenas se dan á conocer los personajes, no son ya del autor, sino míos: los cojo en el primer entreacto y me los apropio. En lugar del argumento y de los cuatro actos que aun no he visto, pongo cuatro actos de mi invención, saco partido de su carácter y utilizo su originalidad; con diez minutos que dure el entreacto, tengo ya sobrado tiempo para edificarles un castillito de cartas en el cual los meto, y sucede con mi castillo de cartas lo que con el discurso ó el sermón de que hablaba hace poco. Mi castillo de cartas no es casi

nunca el del autor; de suerte que como he convertido en realidad mi sueño, luego me parece un sueño la realidad, sueño que estoy pronto á censurar, diciendo: — «No es eso, Sr. Arturo. No es eso, señorita Honorina. Vais muy de prisa, ó muy despacio. Os volvéis hacia la derecha en lugar de hacerlo hacia la izquierda. Decís sí, cuando debierais decir *no*. ¡Oh! ¡oh! esto es insufrible!»

Con los dramas históricos es todavía peor. Cuando voy al teatro llevo ya hecho el drama en mi cabeza, con arreglo al título, y como este drama tiene naturalmente todos los defectos de mis producciones, es decir, abundancia de pormenores, rigidez absoluta de carácter, doble, triple y cuádruple intriga, etc., es muy raro el que mi producción se parezca, en lo más mínimo siquiera, á la que después se representa. Todo esto hace que lo que para los demás es una diversión, sea para mí un verdadero suplicio.

Ténganlo entendido así mis compañeros de profesión: si me convidan á la primera representación de sus producciones, ya saben á lo que han de atenerse.

Hice aquella noche con Mr. de Villenave lo que hago con todo el mundo; sin embargo, como llegué cuando ya había leído las tres cuartas partes de su discurso, empecé por mirarlo, en vez de empezar por escucharlo.

Era en aquella fecha un vejstorio de sesenta y cuatro á sesenta y cinco años, con hermosos cabellos plateados, tez pálida y ojos negros y vivos; estaba vestido con el cuidadoso descuido, por decirlo así, de los que se dedican al trabajo y no se visten más que una ó dos veces á la semana y que en los demás días gastan sólo un pantalón viejo, una bata vieja, y unos zapatos viejos, en su empolvado gabinete. El tal vestido de gala, con su camisa llena de pliegues y con chorrera, y con corbata

blanca encanutada, está al cuidado y cargo de la mujer ó de la hija ó del ama de gobierno ; y de aquí la protesta que lanza este vestido tan limpio y acepillado contra el de todos los días y á todas las horas, que se horroriza de la vara de junco y del cepillo de grama.

Mr. de Villenave tenía fraz azul con botones dorados, pantalón negro, y corbata y chaleco blancos.

El mecanismo del pensamiento es único en su clase ; es rodaje intelectual que marcha ó se detiene á pesar nuestro, por ser la mano de Dios quien lo maneja ; reloj que da á su capricho las horas de lo pasado, y algunas veces las de lo porvenir.

¿ Por qué se había detenido mi pensamiento al ver á Mr. de Villenave ?

Había yo leído, si bien no sabía en dónde, un folleto publicado por él en 1794, y que se titulaba : *Relación del viaje de 132 nanteses*.

Aquella era la primera vez que veía á Mr. de Villenave, y mi pensamiento se había fijado en este episodio de su vida. En efecto, Mr. de Villenave había vivido en Nantes en 1793, cuando vivía también allí Juan Bautista Carrier, de sangrienta memoria.

Había visto en aquella ciudad al procónsul, quien creía muy tardíos los procedimientos y muy lenta la guillotina suprimir los procesos, inútiles por otra parte, pues nunca salvaban al delincuente, y sustituir á la guillotina los barcos con trampa. Quizás se hallaba en el muelle del Loira el 15 de noviembre de 1793, cuando Carrier, como primer ensayo de sus *baños republicanos* y de sus *deportaciones verticales* (que estos nombres tenía aquel suplicio inventado por él) mandó embarcar á noventa y cuatro sacerdotes, con el pretexto de trasladarlos á Belle-Isle : quizás estaba en la orilla del río, cuando el río espantado arrojó á la orilla á los noventa y cuatro cadáveres de los religiosos : quizás se estremeció á la vista de aquel

espectáculo, [que] renovándose á cada noche, llegó á corromper el agua de tal modo que se prohibió beberla : quizás, más imprudente aún, ayudó á sepultar algunas de aquellas primeras víctimas á las que tantas habían de seguir después ; ello es que una mañana prendieron á Mr. de Villenave, lo metieron en una prisión y lo destinaron á que tuviese también su parte en la corrupción del río ; pero Carrier tomó luego otra determinación : escogió ciento treinta y dos prisioneros, todos condenados, y los envió á París, como homenaje que hacían los suplicios de la provincia á la guillotina de la capital ; cuando ya se habían puesto en marcha volvió á mudar de parecer ; sin duda no le pareció suficiente aquel homenaje y envió orden al general Boussard, comandante de la escolta, para que fusilase á los ciento treinta y dos prisioneros, cuando llegase á Ancenis.

Boussard era muy buen sujeto, no hizo caso y continuó su camino hacia París.

Habiéndolo sabido Carrier, envió orden al convencional Hentz, que era procónsul en Angers, para que detuviese á Boussard á su paso y arrojase al agua á los ciento treinta y dos nanteses.

Hentz hizo detener á Boussard ; pero cuando se trató de ahogar á los ciento treinta y dos prisioneros, el bronce de su corazón revolucionario, que no era triple según parece, se derritió y mandó que las víctimas continuasen su camino hacia París.

Cuando esto llegó á oídos de Carrier, exclamó con menosprecio meneando la cabeza : ; Es un *ahogadorcillo* el tal Hentz, un *ahogadorcillo* !

Los prisioneros continuaron su camino ; de los ciento treinta y dos, perecieron treinta y seis antes de llegar á París, y los noventa y seis restantes llegaron, afortunadamente para ellos, en el momento crítico en que se formaba la causa de Carrier, en la que declararon como

testigos, en vez de hacerlo como acusados en su propio proceso.

Había llegado el 9 de Termidor; había amanecido el día de las represalias; había tocado á los reos convertirse en jueces, y la Convención, después de haber titubeado por espacio de un mes, acababa de lanzar su acusación en forma contra el *gran ahogador*.

Resultaba de aquí que, acordándose del folleto que Mr. de Villenave había publicado treinta y cuatro años antes en su prisión, había abondado un poco mi pensamiento en la consideración de lo pasado, y lo que veía y lo que oía no era un profesor del Ateneo, ni un discurso pronunciado por él, sino la acusación terrible, vehemente, mortal del débil contra el fuerte, del reo contra el juez, de la víctima contra el verdugo.

Y á tal punto llega el poder de la imaginación, que sala, espectadores, tribuna, todo se había transformado para mí: la sala del Ateneo se había convertido en sala de la Convención; los oyentes pacíficos se habían vuelto irritados vengadores, y el elocuente profesor de suaves y armoniosos períodos, pronunciaba con voz de trueno una acusación pública pidiendo la pena de muerte y quejándose de que Carrier no tuviese más que una vida, cosa insuficiente para pagar las quince mil vidas que había quitado.

Y yo veía á Carrier con su mirada sombría abrazando la acusación, y le oía gritar con su estridente voz á sus antiguos compañeros y decirles:

« ¿Por qué me acusáis hoy de lo que me mandasteis ayer? Si la Convención me acusa, se acusa á sí misma: mi condenación es la condenación de todos vosotros; pensad en ello: todos os veréis envueltos en la proscripción que me persiga. Si soy culpable, todo lo es aquí; todo, todo, todo, hasta la campanilla del presidente!... »

Y á pesar de esto se procedía á la votación; y á pesar de esto se le condenaba. El mismo terror que había provocado la acción provocaba la reacción; y la guillotina, después de haberse bebido la sangre de los sentenciados, se bebía, impasible, la sangre de los jueces y de los verdugos.

Dejé caer la cabeza en mis manos como si me repugnara, aun cuando aquel hombre era espantosamente homicida, al ver que le daban la muerte que tan liberalmente había esparcido sobre la humanidad.

Delanoue me tocó en el hombro.

— Ya se acabó, me dijo.

— ¡ Ah! exclamé; ¿ lo ejecutaron ya?

— ¿ Á quién?

— Á ese abominable Carrier.

— Sí, sí, sí, dijo Delanoue; y ya hace treinta y cuatro años que le pasó esa desgracia.

— ¡ Ah! repliqué; ¡ bien has hecho en despertarme! Tenía una pesadilla.

— ¿ Conque estabas dormido?

— Soñando, por lo menos.

— ¡ Cáspita? pues no se lo diré á Mr. de Villenave, á cuya casa te llevo á tomar una taza de té.

— ¡ Oh! puedes decirselo: le contaré lo que soñaba y creo que no se enfadará conmigo.

En seguida Delanoue, sin saber todavía si yo estaba ó no despierto del todo, me sacó de la sala, ya vacía, y me llevó á un saloncito de descanso en donde estaba Mr. de Villenave recibiendo las enhorabuena de los amigos.

Cuando llegamos, me presentó á Mr. de Villenave, á su hija Mad. Melania Waldor, y á su hijo Mr. Teodoro de Villenave.

Y luego salimos todos á pie yendo por el puente de las Artes hacia el barrio de San Germán.

Después de andar cerca de media hora, llegamos, y

entramos unos tras otros en la casita de la calle de Vaugirard, de la cual he hablado al principio de este capítulo, y cuya descripción interior voy á tratar de hacer después de haber señalado su croquis exterior.

II

Una pintura al pastel hecha por Latour

La casa tenía su carácter propio, tomado del carácter la persona que en ella habitaba.

Hemos dicho antes que las paredes eran parduscas : debiéramos haber dicho que eran negras.

Se entraba por una puerta grande, abierta en la tapia y colocada junto al cuarto del portero : por ella se pasaba á un jardín sin acirates, estropeado por todas partes, con vides sin racimos, emparrados sin sombra y árboles casi sin hojas. Si por casualidad nacia una flor en un rincón, era una de esas flores silvestres que casi se avergonzaba de presentarse en la ciudad, y que habiendo creído que era un desierto aquel recinto húmedo y sombrío, había brotado por error en él, figurándose más lejos de la habitación de los hombres ; flor cogida al punto por un precioso niño de sonrosado color y rubios y anillados cabellos, el cual parecía un querubín caído del cielo y perdido en aquel rincón de la tierra.

De aquel jardín, que tendría unos cuarenta y cinco pies cuadrados, y que terminaba en un ancho embaldosado que llegaba á la casa, se pasaba á un corredor enlosado.

Este corredor tenía, primero, á la izquierda la puerta

del comedor, y á la derecha la puerta de un cuarto pequeñito.

Más allá tenía, á la izquierda la puerta de la cocina, y á la derecha la de la despensa y servicio de mesa : al frente estaba la escalera.

Este piso bajo, sombrío y húmedo, apenas estaba habitado á otras horas que á las de comer.

La verdadera habitación, la en que nos introdujeron, estaba en el primer piso : se componía de la meseta de la escalera, una salita, una sala grande, la alcoba de Mad. Waldor y la alcoba de Mad. de Villenave.

El salón era notable por su forma y por el mueblaje : era un cuadrilongo que tenía en cada uno de sus ángulos una consola y un busto.

Uno de estos bustos era el de Mr. de Villenave.

Entre los dos bustos de un testero y sobre una consola, que venía á estar enfrente de la chimenea, se hallaba la pieza de arte y arqueología más importante del salón.

Era la urna de bronce en que estaba el corazón de Bayard : un bajo relieve pequeño, y que circunvalaba la urna, mostraba al valiente é irreprochable caballero besando la cruz de su espada.

Allí había también dos grandes cuadros ; uno era el retrato de Ana Bolena, pintado por Holbein, y el otro un paisaje italiano, pintado por Claudio de Lorena.

Los dos cuadros que estaban en el otro testero eran, si no me equivoco, uno el retrato de Mad. de Montespán, y el otro el de Mad. de Sevigné ó el de Mad. de Grignán.

El mueblaje, forrado con terciopelo de Utrecht, ofrecía á los amigos de la casa sus grandes canapés con blancos y delgados brazos, y á las personas extrañas sus butacas y sus sillas.

Este piso pertenecía al exclusivo dominio de madama Waldor, y allí era donde ejercía su virreinato.

Decimos su verreinato porque, á pesar de que su padre habia dejado para ella aquella sala, no era más que su virreina: así es que en cuanto entraba por su puerta Mr. de Villenave, volvía á empuñar su cetro, y desde aquel momento era él quien llevaba la palabra.

Mr. de Villenave tenía un carácter algo despótico para con su familia, y en cierto modo para con las personas extrañas. Conocía uno que al entrar en su casa formaba parte de la propiedad de aquel hombre, que tanto habia visto, que tanto habia estudiado, que tanto sabia. Aun cuando la cortesania lo templaba mucho, aquel despotismo del amo de la casa incomodaba y cohibía algún tanto á los que la frecuentaban. Quizás la presencia de Mr. de Villenave hacia que la conversación tomase *mejor giro*; pero era ciertamente menos libre, menos divertida, menos ingeniosa que cuando estaba ausente.

Sucedía allí lo contrario que en la casa de Nodier: si Nodier estaba en su casa, todos los que hablaban con él estaban como en la suya propia.

Afortunadamente Mr. de Villenave se presentaba muy rara vez en la sala. Casi siempre se quedaba en sus habitaciones, es decir, en el segundo piso, y no se le veía más que á la hora de comer: entonces comía, hablaba un rato, daba algunos consejos á su hijo, reñía un poco con su mujer, se tendía en su butaca, cerraba los ojos, hacia que su hija le pusiera los papillotes y se volvía á su cuarto.

El cuarto de hora, durante el cual los dientes del peine le rascaban suavemente la cabeza, era el único cuarto de hora de bienaventuranza que tenía diariamente Mr. de Villenave.

— ¿Y por qué se ponía esos papillotes? preguntará el lector.

Empecemos por decir que esto podia servirle de pretexto para que le rascasen la cabeza.

Pero hay además, que Mr. de Villenave, como ya hemos dicho, era un viejo magnífico y debia haber sido un joven admirable; y en su rostro, de muy pronunciadas facciones, caían maravillosamente aquellas olas de cabellos blancos que hacian resaltar el puro resplandor de sus grandes y negros ojos.

En fin, preciso es confesarlo, Mr. de Villenave, aunque era un sabio, era también muy coquetón, pero solamente en la cabeza. Ya está dicho todo.

Poco le importaba lo demás: que su frac fuese azul ó negro, que el pantalón fuese ancho ó estrecho, que las botas fuesen de punta redonda ó cuadrada, eso era cosa del sastre ó del zapatero, ó de su hija que dirigia todos estos pormenores.

Como él se viese bien peinado, ya tenía lo bastante.

Así que su hija le habia puesto los papillotes, lo cual se hacia invariablemente de ocho á nueve de la noche, tomaba su palmatoria y se iba á su departamento.

Este departamento, este *chez lui* de Mr. de Villenave, este *at home* de los ingleses, es el que vamos á tratar de describir, sin esperanza de conseguirlo.

El segundo piso tenía muchos más aposentos que el primero, y se componía, en primer lugar, de la meseta de la escalera, adornada con bustos de yeso, una antesala y cuatro habitaciones.

Pero no distribuiremos estas cuatro habitaciones en sala, gabinetes, alcoba y tocador.

Mr. de Villenave no se paraba en cosas tan superfluas, no: lo que habia allí era cinco habitaciones de libros y papeles: unos cuarenta mil libros y cuatro mil manuscritos.

La antesala formaba ya por sí sola una enorme biblioteca: tenía dos puertas; la de la derecha conducía á la

alcoba de Mad. de Villenave, la cual daba, por un corredor que la hacía más larga, á un gran gabinete ilustre por algunos días de padecimiento; la de la izquierda á un cuarto grande, que comunicaba con otro más pequeño.

Este cuarto grande y el pequeño, que estaba junto, no sólo tenían llenas de estantes las cuatro paredes, con libros arriba y manuscritos abajo, sino que también tenían en el centro una cosa parecida á esas otras que se ponen en las salas para poderse sentar á su alrededor. Gracias á aquella construcción, había en el centro del cuarto una segunda biblioteca que no dejaba más sitio que el suficiente para que cupiese un hombre sin ahogarse. Si entraban allí dos personas era imposible el pasar, por lo que era muy rara la vez que Mr. de Villenave introducía á algún amigo suyo, por muy íntimo que fuese, en aquel *santa sanctorum*.

Algunos seres privilegiados habían asomado la cabeza por la puerta, y al trasluz del científico polvo, que en átomos luminosos atravesaba incesantemente por los escasos rayos del sol que alcanzaban á penetrar en aquel tabernáculo, habían podido ver los misterios bibliográficos de Mr. de Villenave, como había podido Claudio, gracias á su disfraz femenino, sorprender desde el atrio del templo de Isis algunos de los misterios de la buena diosa.

Allí estaban los documentos autógrafos: solo el siglo de Luis XIV ocupaba quinientos cartones llenos de manuscritos.

Allí estaban los papeles de Luis XVI, la correspondencia de Malesherbes, cuatrocientas piezas autógrafas de Voltaire y doscientas de Rousseau. Allí estaban las genealogías de todas las familias nobles de Francia con sus alianzas y sus pruebas. Allí los dibujos de Rafael, de Julio Romano, de Leonardo de Vinci, de Andrea del Sarto, de

Lebrun, de Lesueur, de David y de Thiers. Allí las colecciones de minerales, los herbarios raros, y los manuscritos únicos.

Allí estaba, en fin, el trabajo de cincuenta años pasados día por día en una sola idea, ocupados hora por hora en una sola pasión, en la pasión, tan suave y tan ardiente al mismo tiempo, de coleccionar, á la cual dedica el coleccionista su inteligencia, su alegría, su felicidad y su vida.

Aquellas dos habitaciones eran las que más valían. Bien se puede asegurar que Mr. de Villenave, que más de una vez había estado á punto de dar su vida por poco más de nada, no hubiera dado aquellas habitaciones por cien mil escudos.

Quedaban la alcoba y el gabinete forrado de negro, que estaban á la derecha de la antesala, y formaban paralelo con los aposentos que acabamos de describir.

La primera, como ya hemos dicho, era la alcoba de Mr. de Villenave, en la que era la cama lo que menos llamaba la atención, pues estaba metida en un cuartito cerrado con una puerta de dos hojas. En esta habitación era en la que recibía Mr. de Villenave.

En caso rigurosamente necesario se podía andar por ella, y en caso rigurosamente necesario podía tomarse allí asiento. he aquí cómo podía uno sentarse y cómo andar.

Una vieja que le servía, y de cuyo nombre no me acuerdo, le anunciaba una visita entreabriendo la puerta.

El ruido que ella hacía, sorprendía siempre á Mr. de Villenave, que se hallaba clasificando, meditando ó durmiendo.

— ¡Vamos! ¿que queréis, Francisca? (Supongamos que se llamaba Francisca.) ¡Dios mío! ¿No he de tener un instante de sosiego?

— Pero, señor, respondía Francisca, si he tenido precisión de venir...

— ¡Vamos! pronto, ¿qué es lo que queréis? ¿Por qué han de venir siempre á interrumpirme en los momentos en que estoy ocupado? ¡Ay!!!

Y Mr. de Villenave alzaba los ojos al cielo expresando su desesperación, y cruzaba las manos y lanzaba un suspiro, señales de que al fin se resignaba.

Francisca estaba ya acostumbrada á esta parte dramática; esperaba á que Mr. de Villenave acabase de hacer sus pantomimas y declamar sus *aparte*, y luego le decía:

— Señor, es Mr. *Fulano*, que viene á haceros una visita.

— No estoy en casa: idos.

Francisca cerraba despacio la puerta, porque sabía lo que se hacía.

— Esperad, Francisca, replicaba Mr. de Villenave.

— ¿Señor? respondía Francisca, volviendo á abrir la puerta.

— ¿Decís que ese caballero es Mr. *Fulano*?

— Sí, señor.

— ¡Pues bien, corriente! decidle que pase adelante, y, si luego veis que se está mucho tiempo, venid á decirme que preguntan por mí. Andad, Francisca.

— Francisca volvía á cerrar la puerta.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuraba Mr. de Villenave: ¿no es fuerte cosa que no yendo yo nunca á incomodar á nadie, haya de venir todo el mundo á incomodarme?

Francisca volvía á abrir para que entrase la visita.

— ¡Hola! muy buenos días, amigo mío, decía Mr. de Villenave; ¡bien venido! entrad, entrad. ¡Cuánto tiempo hace que no os veo! Pero, ¡vamos! sentaos.

— ¿En dónde? preguntaba el visitante.

— Donde se os antoje... en el canapé.

— Con mucho gusto lo haría; pero...

Mr. de Villenave miraba hacia el canapé.

— ¡Oh! ¡es verdad! está lleno de libros, decía. Pues entonces acercad un sillón.

— Con gran placer lo haría; mas...

Mr. de Villenave registraba los sillones con la vista.

— Tenéis razón, decía; ¿pero qué queréis, amigo mío? No sé en dónde meter mis libros. Tomad una silla.

— Ese sería todo mi deseo, pero...

— Pero qué, ¿tenéis prisa?

— No; pero veo que las sillas están tan desocupadas como los sillones.

— ¡Es admirable esto, decía Mr. de Villenave, alzando los brazos al cielo; es admirable! esperad.

Y se levantaba gimiendo de su sitio, y quitaba cuidadosamente de la silla los libros que estorbaban su uso y los ponía en el suelo, donde formaban un montoncito, que aumentaba el número de los veinte ó treinta montones que erizaban el pavimento de la habitación; y luego ponía la silla junto á su butaca, es decir, en el ángulo de la chimenea.

Ya queda explicado cómo podía uno sentarse en aquella alcoba; voy á decir ahora cómo se podía andar por ella.

Sucedía algunas veces que, en el momento en que entraba el que venía de visita y que después de los preámbulos indispensables que acabamos de decir, había logrado tomar asiento, sucedía, digo, algunas veces que, por una doble combinación de la casualidad, estaban abiertas la puerta del cuarto en que estaba la cama y la del corredor que conducía al gabinete, situado detrás; entonces, de estar estas dos puertas abiertas á un mismo tiempo, resultaba que se podía ver en el cuarto una pintura al pastel, la cual representaba una mujer joven y linda con una carta en la mano, pintura que se hallaba

iluminada por el rayo de luz que venía de la ventana del corredor.

Si esto sucedía, ó el que visitaba á Mr. de Villenave no tenía ninguna idea del arte, cosa muy rara en los que iban á su casa, ó se levantaban exclamando :

— ¡Hola ! caballero, ¡ qué hermoso pastel !

Y el visitante hacía un movimiento para pasar de la chimenea al cuarto.

— ¡ Esperad ! exclamaba Mr. de Villenave, ¡ esperad !

Y en efecto; se notaba que dos ó tres montones de libros, tirados unos sobre otros, formaban una escarpa ascendente y descendente, por la cual era preciso saltar para entrar en el cuarto.

Mr. de Villenave se levantaba, tomaba la delantera y como hábil minero hecho á las trincheras, abría por medio de la línea tipográfica una zanja ó ramal que permitía llegar al sitio en que se hallaba el pastel, el cual estaba enfrente de la cama.

— Cuando el visitante llegaba allí, volvía á exclamar :

— ¡ Oh ! ¡ qué hermoso pastel !

— Sí, respondía Mr. de Villenave con aquel tono y aire de la antigua corte, que solamente he visto en él y en dos ó tres ancianos elegantes como él : sí, es un pastel de Latour ; la que está ahí retratada es una antigua amiga mía, que ya no debe de ser muy joven, pues si mi memoria no me es infiel, tenía en 1784, época en que yo la conocí, cinco ó seis años más que yo. No nos hemos vuelto á ver desde el año de 1802 ; pero esto no impide que nos escribamos de ocho en ocho días, ni recibir nuestras cartas semanales con igual placer ; sí, tenéis razón, el pastel es hermoso ; pero el original lo era más todavía. ¡ Ah !.....

Y un rayo de juventud, suave como un reflejo del sol, pasaba por el rostro satisfecho del hermoso anciano, que al hablar así se quitaba cuarenta años de encima.

Y muchas veces, cuando esto ocurría, no se veía Francisca en la precisión de ir á dar su falsa noticia, porque si el que le visitaba era persona de mucho trato, se iba poco después, dejándolo entregado á la meditación y á las ilusiones que despertaba en él la vista de aquella hermosa pintura de Latour.

III

La carta

¿ Cómo había conseguido formar Mr. de Villenave tan soberbia biblioteca ?

¿ Cómo había recogido aquella colección de documentos autógrafos, única en su especie ?

Con el trabajo de toda su vida.

Desde luego, Mr. de Villenave jamás había roto un papel ni desgarrado una carta.

Convocatorias de las sociedades científicas, invitaciones de matrimonios, papeletas de entierro, todo lo había guardado, todo lo había clasificado, todo lo había puesto en su lugar. Poseía una colección de cada cosa, y hasta algunos tomos de los que se habían sacado medio quemados, el día 14 de julio, del fuego que los consumía en el patio de la Bastilla.

Mr. de Villenave tenía á dos hombres ocupados constantemente en buscar escritos autógrafos : uno era un tal Fontaine, á quien llegué á conocer, y que había compuesto un libro titulado *Manual de los autógrafos* : el otro era un empleado del ministerio de la guerra ; todos los almacenistas al por menor de París conocían á aquellos

incansables rebuscadores y les guardaban cuantos papeles compraban. Ambos escogían entre estos papeles los que algo valían, pagándolos á quince sueldos la libra, y Mr. de Villenave se los pagaba á treinta.

Algunas veces iba á buscarlos el mismo Villenave en persona. No había un almacenista en París que no lo conociera, y que al verlo no reuniera, para sujetarlos á su sabia investigación, los envoltorios y cucuruchos futuros.

Por supuesto que el día en que Mr. de Villenave buscaba manuscritos, buscaba también libros: en tales días recorrió toda la línea de los muelles y con ambas manos metidas en los bolsillos del pantalón y el cuerpo inclinado, su hermosa cabeza inteligente, ilustrada por el deseo, hundía su ardiente mirada en los sitios más recónditos, en donde buscaba el desconocido tesoro, lo hojeaba en un instante, y si aquel libro era alguno de los que deseaba, si la edición era la que buscaba, el libro salía de la tienda, y no para ir á ocupar un puesto en la biblioteca de Mr. de Villenave; hacía ya tiempo que no cabían más libros en ella, y hubiera sido necesario quitar dibujos ó manuscritos para dejarle sitio; no: el libro iba á parar al granero, dividido en tres departamentos; el de los libros en octavo á la izquierda, el de los en cuarto á la derecha, y el de los en folio en el centro.

Allí estaba el caos, del que Mr. de Villenave había de sacar algún día un nuevo mundo; una cosa así como la Australia ó la Nueva Zelandia.

Entretanto, estaban allí tirados en el suelo, echados unos sobre otros, y yaciendo en la oscuridad.

Aquel granero era como el limbo en que estaban encerradas las almas que Dios no había enviado al infierno ni al cielo, porque tenía formados sus designios sobre ellas.

Un día la pobre casa tembló, sin causa aparente, hasta

en sus cimientos; lanzó un grito y se eúarteó: espantados los que la habitaban, creyeron que había temblor de tierra, y se lanzaron al jardín.

La mayor tranquilidad reinaba así en el aire como en la tierra: la fuente seguía echando agua en la esquina de la calle: un pájaro cantaba en las más altas ramas del árbol más alto.

El accidente era parcial, y procedía de una causa secreta, ignorada, desconocida.

Se mandó buscar al arquitecto.

El arquitecto examinó la casa, la sondeó, la interrogó, y acabó por declarar que el accidente no podía provenir más que de exceso de carga.

Por consiguiente, pidió que le enseñasen el granero.

Esta petición fué combatida enérgicamente por Mr. de Villenave.

¿De dónde procedía aquella negativa, que había de ceder sin embargo ante la firmeza del arquitecto?

De que Mr. de Villenave sabía que el tesoro allí sepultado, y tanto más preciso para él cuanto que apenas lo conocía aún, corría gran peligro con aquella visita.

En efecto; sólo en la habitación del centro había mil doscientos libros en folio, que pesaban, poco más ó menos, sobre ocho mil libras.

¡Ay! fué preciso vender aquellos libros que habían hecho cuartear la casa y que todavía amenazaban hundirla.

Tan dolorosa operación se verificó en el año de 1822 y en 1826; cuando conocí á Mr. de Villenave, aun no se había extinguido el dolor que le había causado, y un suspiro, cuya causa y objeto ignoraba su familia, salía de su corazón y de su boca para reunirse con aquellos libros recogidos por él con tanto trabajo, y entonces, como niños lanzados del hogar paterno, huérfanos, errantes y desparramados por el mundo.

Ya he dicho que la casa de la calle de Vaugirard había sido para mi extremadamente hospitalaria por parte de Mad. de Villenave, porque era naturalmente afectuosa; por parte de Mad. Waldor, porque, como poetisa, amaba á los poetas; por parte de Teodoro de Villenave, porque teníamos ambos la misma edad, y estábamos ambos en aquella en que es preciso, necesario, dar una parte del corazón propio y recibir una parte del corazón ajeno.

Por parte, en fin, de Mr. de Villenave, porque, aun cuando yo no era aficionado á manuscritos autógrafos, poseía, gracias á una cartera militar de mi padre, una colección de ellos bastante curiosa.

Mi padre había desempeñado altos puestos en el ejército desde el año de 1731 hasta el de 1800; había sido tres veces general en jefe, y con este motivo había estado en correspondencia con todos los personajes que representaron algún papel en aquella época.

Los papeles más notables que había en aquella variada correspondencia, eran los del general *Buonaparte*. Napoleón no conservó por mucho tiempo el apellido italiano, pues lo había afrancesado el 13 de Vendimiario firmándose Bonaparte, y mi padre había recibido durante aquel corto período cinco ó seis cartas del joven general de lo interior, pues tal fué el título que tomó desde aquel día.

Regalé á Mr. de Villenave una de estas cartas con otra de Saint-Georges y otra del mariscal de Richelieu, y gracias á este sacrificio, que era un placer para mí, logré tener entrada en el segundo piso.

Poco á poco llegaron á tratarme con tal familiaridad en la casa, que Francisca no tenía necesidad de anunciarme cuando quería ver á Mr. de Villenave. Sabía la escalera, llamaba á la puerta, oía la palabra, ¡entrad! y casi siempre era bien recibido.

Digo casi siempre, porque las grandes pasiones tienen sus horas de tormenta. Figuraos que un aficionado á

manuscritos autógrafos se cree en el momento de hallar una de esas firmas raras, la de Robespierre por ejemplo, que no dejó más que tres ó cuatro, ó la de Molière, que dejó una ó dos, ó la de Shakespeare, que según creo no dejó ninguna; pues bien, figuraos asimismo que en el momento de poner la mano sobre esa firma única ó casi única, se desaparece por cualquier accidente y se escapa de entre sus dedos; y ya tenéis al coleccionista desesperado.

Entrad en aquel momento en su casa, y aun cuando seáis su padre, aun cuando seáis un hermano, aun cuando seáis un ángel, veréis de qué modo os recibe; á no ser que ese padre, hermano ó ángel haga vivir la firma que no existía, ó encuentre y ponga ante sus ojos aquella firma única.

Solamente en tales casos me hubiera recibido mal Mr. de Villenave: en cualquiera otra circunstancia tenía yo la seguridad de encontrar un rostro risueño, un carácter agradable y una memoria complaciente, aun durante la semana.

Digo durante la semana, porque Mr. de Villenave reservaba los domingos para las visitas científicas.

Todos los bibliófilos extranjeros y aficionados á autógrafos cosmopolitas que venían á París, no se iban sin visitar á Mr. de Villenave, como vasallos que iban á rendir pleito homenaje á su señor soberano.

Los domingos eran los días de cambio. Gracias á estos cambios, Mr. de Villenave completaba sus colecciones extranjeras, de que no le abastecían los almacenistas, y daba en su lugar á los coleccionistas alemanes, ingleses ó americanos, algunos retazos de sus riquezas nacionales.

Entré, pues, en la casa: primero en el primer piso; después en el segundo los días de entre semana, luego los domingos, y más tarde en fin cuando se me antojaba:

privilegio de que sólo disfrutaban tres ó cuatro personas.

Un día, creo que era martes, fui á ver á Mr. de Villenave para que me dejase estudiar un documento autógrafa de Cristina, pues ya sabe el lector que me gusta adivinar el carácter de las personas por la forma de su letra, y yendo con este objeto á eso de las cinco de la tarde, esto pasaba en el mes de marzo, llamé á la puerta, pregunté por Mr. de Villenave y pasé adelante.

Al ir á subir la escalera, me llamó Francisca.

— ¿Qué hay, Francisca? le pregunté.

— ¿Vais al cuarto de la señora, ó al del señor?

— Al de Mr. de Villenave.

— ¿Me hacéis el favor de ahorrarles á mis piernas el subir al segundo piso, y de entregar al señor esta carta que acaban de traer para él?

— Con mucho gusto, Francisca.

Y me dió la carta, la tomé y subí.

Al llegar á la puerta de arriba, llamé como tenía de costumbre; pero no me respondieron.

Llamé con más fuerza.

El mismo silencio.

Llamé en fin por tercera vez, no sin alguna inquietud, porque estaba puesta la llave, y la presencia de la llave en la puerta, era señal indudable de la presencia de Mr. de Villenave en su habitación.

Entonces me atreví á abrir la puerta y lo vi dormido en su butaca.

Al ruido que hice, ó más bien á la columna de aire que entró destruyendo ciertas influencias magnéticas, M. de Villenave lanzó una exclamación.

— ¡ Ah! perdonad, exclamé, perdonad; he sido indiscreto; os he incomodado.

— ¿ Quién sois? ¿ qué queréis?

— Soy Alejandro Dumas.

— ¡ Ah!

Y Mr. de Villenave respiró.

— Siento infinito haberos incomodado, le dije, pero ya me retiro.

— No, exclamó lanzando un suspiro y pasándose la mano por la frente; no, ¡ entrad!

Y entré en efecto.

— ¡ Sentaos!

Casualmente había una silla desocupada, y la tomé.

— Ya veis, me dijo. — ¡ Oh qué cosa tan extraña!

— Me he quedado dormido. Entretanto ha oscurecido, y se ha apagado el fuego; me habéis despertado, me he visto á oscuras y no podía darme cuenta del ruido que venía á interrumpir mi sueño: habrá sido sin duda el aire que entraba por la puerta y me daba en la cara; pero se me había figurado que veía flotar un manto blanco, una cosa grande como una sábana. Esto es muy raro, ¿ no es verdad? continuó diciendo Mr. de Villenave, y acompañando estas palabras con un estremecimiento que me indicaba que tenía frío. Pero habéis sido vos; ¡ me alegro mucho!

— Decís eso por consolarme de mi torpeza.

— No por cierto; me alegro de que hayáis venido. ¿ Qué tenéis ahí?

— ¡ Oh! perdonad; ya no me acordaba: es una carta para vos.

— Algún manuscrito autógrafa; ¿ de quién?

— No; no es eso: es solamente, así lo supongo al menos, una simple carta.

— ¡ Ah! si, una carta!

— Carta que ha venido por el correo y que Francisca me ha rogado que os entregue: tomad.

— Gracias. Pues hacedme el favor de alargarme la mano y darme.....

— ¿ Qué?

— Una pajueta. Estoy medio dormido todavía. Si fuera supersticioso, creería en los presentimientos.

Tomó la pajueta que le presenté, y la encendió en el rescoldo de la chimenea.

Mientras encendía la pajueta; se extendía por la habitación una luz creciente con la que se podían ver los objetos.

— ¡ Oh Dios mío ! exclamé de repente.

— ¿ Qué tenéis ? me preguntó Mr. de Villenave encendiendo su bujía.

— Decidme, ¿ qué es eso ? ¿ qué le ha pasado al hermoso pastel de Latour ?

— Sí, ya veis, me respondió tristemente; lo he puesto junto á la chimenea y estoy esperando al vidriero y al carpintero.

— En efecto, el marco está roto y el cristal hecho mil pedazos.

— Sí, me contestó, mirando melancólicamente el retrato y sin acordarse de leer la carta; si, es una cosa incomprensible.

— Pero ¿ cómo ha sido eso ?

— Antes de ayer habiendo estado toda la noche trabajando, me acosté á las doce menos cuarto, y poniendo la bujía sobre la mesa de noche, iba ya á revisar las pruebas de la edición compacta de Ovidio, que estoy haciendo, cuando por casualidad dirigí una mirada al retrato de mi pobre amiga. Le dí las buenas noches con la cabeza, como tengo de costumbre, y sin duda entraba un poco de viento por la ventana, que se habría quedado entreabierta, y éste hizo que se moviera la luz; pero hubo de suceder de tal modo que se me figuró que el retrato me respondía buenas noches haciendo un movimiento de cabeza semejante al mío. Ya calcularéis que yo no había de creer que así había sucedido en efecto; pero no sé cómo fué, que aquella idea se me metió en la cabeza y

no pude separar los ojos del cuadro : ya sabéis, amigo mío, que ese pastel se refiere á los primeros tiempos de mi juventud, y que me trae á la memoria un sinnúmero de recuerdos; de modo que me puse á repasar la historia de mis veinticinco años. Entablé conversación con el retrato, y mi memoria contestaba por él; mas aunque respondía mi memoria, se me figuraba que el retrato movía los labios; se me figuraba que sus colores se ponían pálidos; se me figuraba que aquella fisonomía se llenaba de tristeza. En aquel momento empezaron á dar las doce en el reloj del Carmen, y á tan lúgubre sonido el rostro de mi amiga presentó una expresión mucho más dolorosa. El viento apretaba cada vez más. Al dar la última campanada de las doce, se abrió violentamente la ventana del gabinete, y me pareció que oí pasar por ella un triste gemido, y que el retrato cerraba los ojos. El clavo que lo sostenía se desprendió de la pared, se cayó el retrato al suelo y se apagó la bujía.

Me levanté para volverla á encender, sin miedo ninguno, pero algún tanto afectado; quiso la desgracia que no hallase ninguna pajueta á mano; era ya muy tarde para llamar, y no sabía adónde ir á buscarla; así pues, cerré la ventana del gabinete y volví á acostarme á oscuras.

Todo esto me había conmovido; estaba triste, y tenía muchas ganas de llorar; más todavía, se me figuraba oír el roce de un vestido de seda por el suelo. Muchas veces pregunté : ¿ Quién anda ahí ? por fin, me quedé dormido, y al despertarme, ya bastante tarde, hallé mi pobre cuadro en el estado en que lo veis.

— ¡ Muy raro es eso ! le dije : ¿ y habéis recibido vuestra carta semanal ?

— ¿ Qué carta ?

— La que os escribía semanalmente el original del retrato.

— No, y eso es lo que me alarma : por eso le he dicho á Francisca que me suba, ó disponga que me suban sin ningún retardo, las cartas que vengan para mi.

— ¿ Pues no os acabo de traer esa ?.....

— Sí, pero no es este su modo de doblarlas.

— ¡ Ah !

— Sin embargo es de Angers.

— ¿ Y el original vive en Angers ?

— Sí : ¡ oh Dios mío ! ¡ trae oblea negra ! pobre amiga mía ; ¿ si le habrá sucedido alguna desgracia ?

Y Mr. de Villenave se puso pálido y abrió la carta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas apenas leyó las primeras palabras.

Tomó otra carta encerrada en la primera, carta que habia quedado interrumpida en el cuarto renglón.

Se acercó esta carta á los labios, y me presentó la otra.

— ¡ Tomad, leed ! me dijo.

Yo lei :

« Caballero :

» Con gran sentimiento mío, aumentado por el que vais á experimentar, os anuncio que Mad. *** ha muerto el domingo último al dar la última campanada de las doce de la noche.

» La vispera, y en el momento mismo en que os estaba escribiendo, sintió una indisposición que al pronto nos pareció de poco cuidado, y que agravó gradualmente hasta el momento de morir.

» Tengo la honra de enviaros, aunque no la habia concluido, la carta que estaba escribiendo para vos : por ella veréis que conservó, constante hasta el momento de su muerte, el cariño y aprecio que os profesaba.

» Me hallo, caballero, sumida en la mayor tristeza, como podéis comprender muy bien; pero no por eso me olvido de deciros que soy vuestra muy humilde servidora.

» TERESA MIRAND. »

Mr. de Villenave seguía con sus ojos el movimiento de los míos mientras yo leía.

— ¡ Á las doce ! me dijo : ya lo veis ; á las doce fué cuando el retrato se cayó y se rompió. No sólo coincide en el dia, sino hasta en la hora y en el minuto.

— Sí, respondi, eso es.

— ¿ Conque creéis ? exclamó Mr. de Villenave.

— ¡ Y tanto como creo !

— ¡ Oh ! pues entonces, volved, amigo mío ; volved un dia en que me halle algo tranquilo, y os contaré una cosa también muy extraña, aunque por otro estilo.

— ¿ Cosa que os ha sucedido á vos mismo ?

— No : de que he sido testigo.

— ¿ Cuándo ?

— ¡ Oh ! ya hace mucho tiempo : en 1774, cuando era yo preceptor de los hijos de Mr. de Chauvelin.

— ¿ Y decís ?

— Sí, que os la contaré : pero entretanto, ya comprendéis que...

— Comprendo : tenéis necesidad de estar solo.

Me levanté y me dirigi hacia la puerta.

— Á propósito, me dijo Mr. de Villenave, ya que os vais, decid de paso á la familia que no estén inquietos por mi, que no pienso bajar esta noche.

Le contesté que así lo haria.

Y entonces Mr. de Villenave hizo girar su butaca sobre uno de los pies de atrás, para estar frente por frente del retrato, y mientras que yo cerraba la puerta le oí que murmuraba :

— ¡ Pobre Sofía !

La historia que sigue es la misma que me contó más tarde Mr. de Villenave.

IV

El medico del rey

El día 25 de agosto de 1774 estaba en Versalles Luis XV acostado en la cámara azul ; junto á su lecho dormía en una cama de correas el cirujano Lamartiniere.

Daban las cinco de la mañana en el reloj del gran patio, y el movimiento empezaba á interrumpir la quietud del palacio.

Movimiento de sombras inquietas que amenazaban el sueño del rey en aquella hora en que hacía ya algún tiempo que Luis XV, fatigado por la vigilia y los excesos, hallaba algún reposo comprado por el abuso del insomnio, y por los narcóticos cuando no bastaba con el abuso del insomnio.

El rey no era ya joven : entraba en los sesenta y cinco años de su edad : como había apurado hasta las heces la copa de los placeres, los goces y las alabanzas, no tenía nada nuevo que conocer y se fastidiaba.

La fiebre del fastidio era la enfermedad más grave que padecía : aguda en tiempo de Mad. de Châteauroux, se hizo intermitente bajo la dirección de Mad. de Pompadour, y enteramente crónica con Mad. Dubarry.

Á los que nada les queda por conocer, les queda algunas veces algo por amar : este es un magnífico recurso para librarse de la enfermedad que aquejaba á Luis XV ;

pero estregado por el amor individual, con el que había inspirado á todo un pueblo, y que había llegado hasta el frenesi, esta costumbre del alma le había parecido muy vulgar para que un rey de Francia se entregase á ella.

Así es que su pueblo, su mujer y sus queridas habían amado á Luis XV ; pero él jamás había amado á nadie.

Á los que están estragados les queda una preocupación excitante ; el padecimiento. Pero Luis XV, fuera de las dos ó tres enfermedades que él mismo se había buscado, jamás había padecido, y, mortal favorecido por la naturaleza, no tenía más presentimiento de la vejez que un principio de cansancio, de fatiga, que los médicos le presentaban como señal de retirada.

Algunas veces, en las magníficas cenas de Choisy en que las mesas salían cargadas del pavimento y como cosa de magia, y que los pajes de las pequeñas caballerizas eran quienes servían, cuando Mad. Dubarry provocaba á Luis XV con las copas y el duque de Ayen con la risa y el marqués de Chauvelin con su alegría epicúrea ; Luis XV, sorprendido, observaba que su mano andaba perezosa en levantar aquella copa, llena del encendido licor que tanto le gustaba ; que su frente se negaba á contraerse para expresar la risa que los chistes de Juana Vaubernier habían hecho aparecer algunas veces como flores de otoño en las fronteras de su edad madura ; en fin, que su imaginación permanecía helada, mientras le hacían seductoras pinturas de la felicísima vida que se pasa cuando se tiene un poder soberano, una riqueza inmensa y una salud excelente.

Luis XV no era hombre de carácter franco : encerraba en su interior su alegría y su tristeza, y acaso hubiera sido, gracias á esta concentración de sus sentimientos, un gran político, si, como él mismo decía, no le hubiera faltado el tiempo.

En el punto y hora en que notó el cambio que se veri-